

DE DONDE VENGO

MANUEL GRANADOS

Ahora sólo quiero darme un trago...

Porque de aquel amanecer más que nada límpido en el espacio, amarillo en la tierra por el tono de las margaritas, y además suave, me quedaba eso, el amanecer y su color anunciándose por detrás de las montañas; también una sutil fragancia por el dulce en los anafes del patio y el final de la guerra, y eso sí, la desaparición del muro que, obstinadamente, en el lugar de donde había venido, me separaba del resto de los de casa, de la gente, de la cuadra, el barrio, la ciudad, el país.

Era grandiosa, musical, literaria, práctica e inefable la sensación de saber, aunque fuera a los 29 años, que por primera vez, personalmente iba a ser visto, recibido y apreciado como uno más; quiero decir, igual a los otros, a pesar de todo y cierto gusto extraño por la soledad. Pero también el olor de las margaritas y el color del amanecer me obligaron, recuerdos al fin, a mirar el tramo, el espacio anterior a la línea y el muro. Ahí en esa dimensión pasada estaba la verdad (sospechaba que ya por ser historia, no me correspondía) de que había tenido que pelear como un energúmeno.

El dolor no era precisamente por haber peleado, sino el constante tener que decirlo. Repetir que también había sido audaz y valiente. Tener que vocearlo y después de algunos coños y carajos, con las piernas haciendo triángulo con las botas empolvadas, es decir bien parado, exacto a un vaquero, un marine, un boina verde, casi igual a Supermán o Rambo (no, Rambo aún no había nacido), y caminar a lo Marlon Brando en *El Salvaje*, era que podía ser escuchado, en parte.

Pero esta imagen sólo me era eficiente en el barrio (en la oficina o en las caminatas por los bulevares del capitolio, bajo las luces del centro o los tugurios del puerto), por ser una imagen tremendamente sospechosa para los niveles de funcionarios administrativos, de justicia y culturales, porque era una imagen demasiado yanqui.

Así que para pasear usaba el *jean*, el suéter o abrigo corto de piel, la pasa sin grasa y peinada para adelante, si acaso un poco, no mucho, algo aplastada a mano, (porque yo no tenía aún todo el valor necesario). Y para las gestiones oficiales, la misma pasa pero esta vez con grasa sólida y peinada para atrás, si era posible con una raya al lado (también por falta del valor necesari-

rio), además, lo sabía perfectamente, ellos dirían que era lo menos que podíamos hacer si éramos persona por primera vez...

Para esa gestión usaba guayabera blanca o un tono claro, zapatos de piel limpios, brillosos hasta lo insólito, y si podía, nunca estaba de más, el detalle de un habano que enseñara la punta y la marca desde el bolsillo de la guayabera. Ese conjunto si no garantizaba el éxito de la gestión, por lo menos neutralizaba los comentarios sobre el tipo extraño de algo rechazable, inaceptable en su manera de ser, de mirar, de andar, claro que no está claro y al mismo tiempo evitaba algún informe de imprevisibles consecuencias.

Aunque esa última presencia, para ellos equilibrada, tenía sus inconvenientes en el barrio, ahí los comentarios diferentes: “Me parece que el tipo es policía. Lo vi en un auto de éstos de chapa rara, así que cuidado”, y era desagradable porque estaba en todo y en todos, hasta en las muchachas antimachistas que me dejaban cuando descubrían mi antimachismo, o en las machistas que me asediaban cuando constataban lo mismo. Era entonces un denigrante estilo de actuación, un no ser nunca en aras de ser.

Pero al fin había llegado el momento, el traspaso, la llegada a otra dimensión donde el engaño y la mentira quedaban al otro lado del muro que con el amarillo de las margaritas, lo espléndido de las mañanas y el fin de la guerra, había desaparecido.

Era cierto que podrían decirse las cosas, pregonarse la alegría de ser y la plenitud, hablarse de ansias satisfechas por haber visto lo intangible. Podría escribirse del amor y la verdad, discutirse y enfrentar los diferentes puntos de vistas, y hasta experimentar con los tabúes ¿por qué no? Ya podría ser yo en mí, yo en nosotros, yo en ustedes, en ellos, y era maravilloso, porque ni el paso lento de las generaciones, ni la guerra, ni los muertos habían sido en vano. ¿Pero a dónde fui entonces? ¿De dónde es que vengo? Ésta papaya abierta no hay quién la entienda porque ahora el muro se halla muy lejos, atrás en el tiempo, tan lejos que no se nota pero sin embargo, no sé de qué manera ha sucedido. Cómo es que sigo peinándome con grasa y haciendo la raya al lado cuando la gestión es oficial. Con movimientos muy determinados sigo abriendo las piernas y rascándomelos aunque no me piquen cuando camino por el barrio.

En casa siguen sospechando y hasta, claro que obligado, le compré una pámela de encaje rosado a mi hija para las fotos de los quince años, aunque yo sé que ella maneja muy bien ese asunto de los anticonceptivos. Ella me recuerda a Olivia de Havilland en *Lo que el viento se llevó*, una película muy vieja. En fin que, a pesar del precio, sigo no siendo yo, porque de

lo contrario...

Y de aquella mañana de hace mucho nada más queda el suave olor de las margaritas, el color del amanecer y lo inefable del fin de la guerra. Me pregunto bajo, tan bajo que ni yo me escucho: ¿Pero qué ha sido lo importante...cuántas caras tiene esta guerra? ¿Qué papaya, Dios mío, qué papaya!

EL ANTEOJO

Con los catalejos podía determinar perfectamente a la figura. Corría de las piedras al agua, nadaba, reposaba sobre la arena, trepaba por las rocas, de nuevo regresaba a la arena y en loco andar recorría la playa. La luz variaba los colores de hierbas y coralillos y, a pesar de ser octubre, el viento no venía del Golfo.

Alzó el instrumento y de nuevo buscó la figura. Primero un círculo de arena parda, caracoles y huellas, luego pinos y almendros hasta el cielo, y de nuevo el mar lleno de rizos, volvió a registrar el Este. Detuvo el giro del antejo y la encerró en el círculo.

No pudo precizarla bien porque unas gaviotas irrumpieron entre la figura y el cristal. Cuando el espacio quedó limpio ya no se hallaba. Se acomodó en el limitado hueco de la trinchera y con las botas persiguió un cangrejillo que luchaba por guarecerse bajo alguna piedra. Poco a poco lo siguió hasta apoyar la suela en el cuerpo del crustáceo y presionó con fuerza; el carapacho se rompió en nauseabundos pedazos.

El estruendo lo puso en acecho, miró arriba y siguió la estela. El avión había roto la barrera del sonido.

- ¡ Es de los nuestros ! - El muchacho que lo dijo oreaba las botas. Detrás del mismo se veían las antiaéreas. Aburrido, volvió a la figura en la playa. "Cuánto hace que no veo hembra", pensó y negligente se puso las manos en la bragueta.

Tenía muchas semanas en la trinchera, y el mundo, en línea recta y sin extravío posible, se había reducido al campamento, la trinchera y la playa.

En un principio las conversaciones con los otros, los retratos de las esposas y los hijos. Después las historias de las vidas, más tarde los planes y las lucubraciones sobre el futuro hasta el agotamiento de los temas y sólo quedar el silencio y el olor de los cuerpos, primero chocante, ácido, luego con las horas, suave, enervante como el de las bestias en celo. Todos eran bestias machos, bestias hembras, bestias que gruñían o quizás gemían y mandaban señales invisibles.

Libres e impúdicas llegaban las señales, sorpresivas se acomodaban bajo las pieles de cada uno y se deshacían en colores de silencio. Un silencio ley, obligado y mordaz que indignaba o complacía porque daba calor a la sangre (sólo entonces podían mirar y descargar la ira contra el horizonte):

- Dicen que de ahí vendrá el enemigo- musitó, se acarició la entrepierna y pensó en su mujer.

" Pero tengo que ir " - le había dicho aquella mañana de la partida. Casi convulsa ella lo había abrazado por los hombros y había recostado la cara en su espalda. Él había percibido el llanto y por eso quedó quieto como un árbol cansado.

Cuando tuvo fuerzas le miró a los ojos húmedos y la besó. Las cosas se difuminaron hasta que fueron ellos dos en medio de la habitación. Entregada, bien abierta y de él, pero como siempre distante aun cuando estuviera jadeando bajo su cuerpo y en el momento supremo en loco afán de retenerlo le cruzara la espalda con las piernas. Después del beso, la mochila al lado de la cama lo había traído a la realidad de la partida inminente. Brusco, se marchó.

No había dicho adiós porque la adivinó detenida en medio de la habitación y con las manos cubriéndose la boca para aguantar un grito.

En aquel instante había dicho " Precisamente ahora esta mierda de tener que irme a las trincheras ".

Pero ahora es la sexta semana y su mujer no ha dejado de estar.

Cada vez que se acuesta en la hamaca, si se sienta en la zanja incómoda, si mira al mar, a los prados verdes y castaños, a los bosquecillos de parras caletas, si mira al cielo y camina contra el viento, con el viento, su mujer latiendo, latiendo en el chico que ore a las botas o en el que sentado en el borde de la trinchera y con el pelo revuelto por el aire revisa el arma. Le piensa los ojos llenos de ansiedad por retar la luz, jugar con su perro, apretar el gatillo, estrenar el fusil, vaciarse en otro cuerpo.

Indignado consigo, rápido dejó de mirar al chico del arma, entonces sintió la respiración del compañero.

Era otro hombre joven que algo encorvado trataba de cortarse las uñas de los pies. El hueco estrecho lo obligaba a una posición incómoda, pero el hombre insistía con las tijeritas. De pantalones cortos tenía las piernas fuertes pero finas, bien torneadas y quizás una piel muy limpia.

Desde su posición observaba el movimiento de las tijeras entre los dedos del joven y captó la sombra donde los muslos se perdían en el pantalón corto.

Los pedacitos de uñas caían en el fango y no podía dejar de mirarlos como algo hasta ese instante perteneciente al cuerpo frente a él. Un pedazo de uña cayó muy cerca y con disimulo lo atrapó y retuvo entre las manos. Tenía forma de luna menguante.

Comenzó porque desde muy adentro el calor luchaba por llegar a su piel y forrarlo.

Sin un claro sentido de lo que hacía, en movimiento furtivo lo llevó a la boca. Al instante sintió la saliva fresca y suave. Como si rumiara lo llevó de un lado a otro de la boca, lo mascó y poco a poco lo deshizo y lo trago. El tiempo se hizo largo y lleno de gusto se dejó llevar sin saber si iban, descendían o si desnudos daban vueltas en la arena. De pronto muy asustado de sí se detuvo. Abrió los ojos.

Desde el otro extremo del hueco el muchacho lo miraba sonriente, él le devolvió el gesto y el muchacho se acarició el pie.

Tuvo inmensos deseos de llorar, pero lo sabía imposible y tratando de escapar sin moverse comenzó a contar los pequeños caracoles que resplandecían en la playa.

Pasó el almuerzo y sin habérselo propuesto caminó por el trillo ya ancho de tantas veces. Estaba prohibido alejarse del campamento, pero tanta disciplina, tanta trinchera quebrada, tanto uniforme, tanta soledad lo aplastaban.

El avión voló bajo y el ruido fue enorme. Distinguió las insignias que brillaron al sol. El avión se alzó vertical y se perdió dentro de las nubes. Hubo explosiones.

-¡Maldita barrera!- exclamó y pateó una lata de sardinas vacía.

Cortó la maleza y brincó un estero. El agua serena del arroyo al entrar en el mar hacía arcoiris. Era armonioso y sin embargo sintió deprimirse. Miró la orilla y las raíces de mangle tenían formas de esculturas. En el otro lado del estero un tronco con forma de mujer, una mujer hermosa, una mujer increíble que, pícara, le recorrió el cuerpo con la mirada, entreabrió los labios, movió las caderas y puso un tobillo en el agua. Él

sintió la música tibia. De nuevo percibió el calor y se excitó.

Escuchó un ruido a su espalda y pensó en un compañero escapado. Irritado porque no soportaba las complicidades obligadas, ni la confianza a primera vista, cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo la mujer tronco había desaparecido.

Quiso saber quién era el compañero y apartando las ramas avanzó entre las caletas y llegó a la arena. Quedó impávido ante una mujer dorada como el sol.

- Hola - dijo la mujer y muy suavemente enseñó los dientes pequeños y brillosos.

- Hola - dijo él y con la vista repasó el cuerpo ceñido por la trusa desteñida. Era increíble de bella.

Extasiado la recorría con la vista una y otra vez. Los hombros tostados por el barniz solar, el pelo color de arena, la nariz perfecta y en los ojos, en los ojos, en los ojos...

- ¿ Por qué nada aquí si sabes que estamos ahí cerca ?

- Vivo aquí - dijo y señaló la casa de madera cuyo portal se veía dentro del follaje. Él frunció el ceño y bajó la vista.

- Adiós - dijo la mujer. Sacudió la toalla mojada y llena de arena y abanicándola caminó rumbo a la casa.

-¡ Espera, espera! - dijo él.

Ella se detuvo en medio del camino. Él se acercó y entre los dos quedó un corto espacio.

- ¿Qué quieres?- preguntó ella al sentirlo.

- ¿Cómo te llamas?

- Ana - dijo y trató de alcanzar la frutilla en el árbol.

El miró el brazo y el nacimiento de los senos y temeroso lo acarició.

Ella lo dejó hacer y se puso de frente a él, que enmudeció. De manos entraron en la casa.

Las calles del pueblo, la mujer, su mujer, la mochila, la playa, las gaviotas, el avión, el chico oreando sus botas, el chico despeinado por el viento y limpiando el arma. La lluvia, el aire, las hojas secas y el tronco hembra en el estero, el calor y la tierra y todo lo posible y de nuevo las gaviotas.

Antes de salir alegremente ligero se abrochó el cintó. Se arregló la boina verde y ella desenvuelta se la inclinó un poco sobre la frente.

- ¿ Y tu marido?

- Él está muy lejos - dijo y señaló el prado.

- ¿ Lo amas?

Ella afirmó con la cabeza. El la contempló con afán y apenas pudo sonreír.

- ¿ Y dónde está?

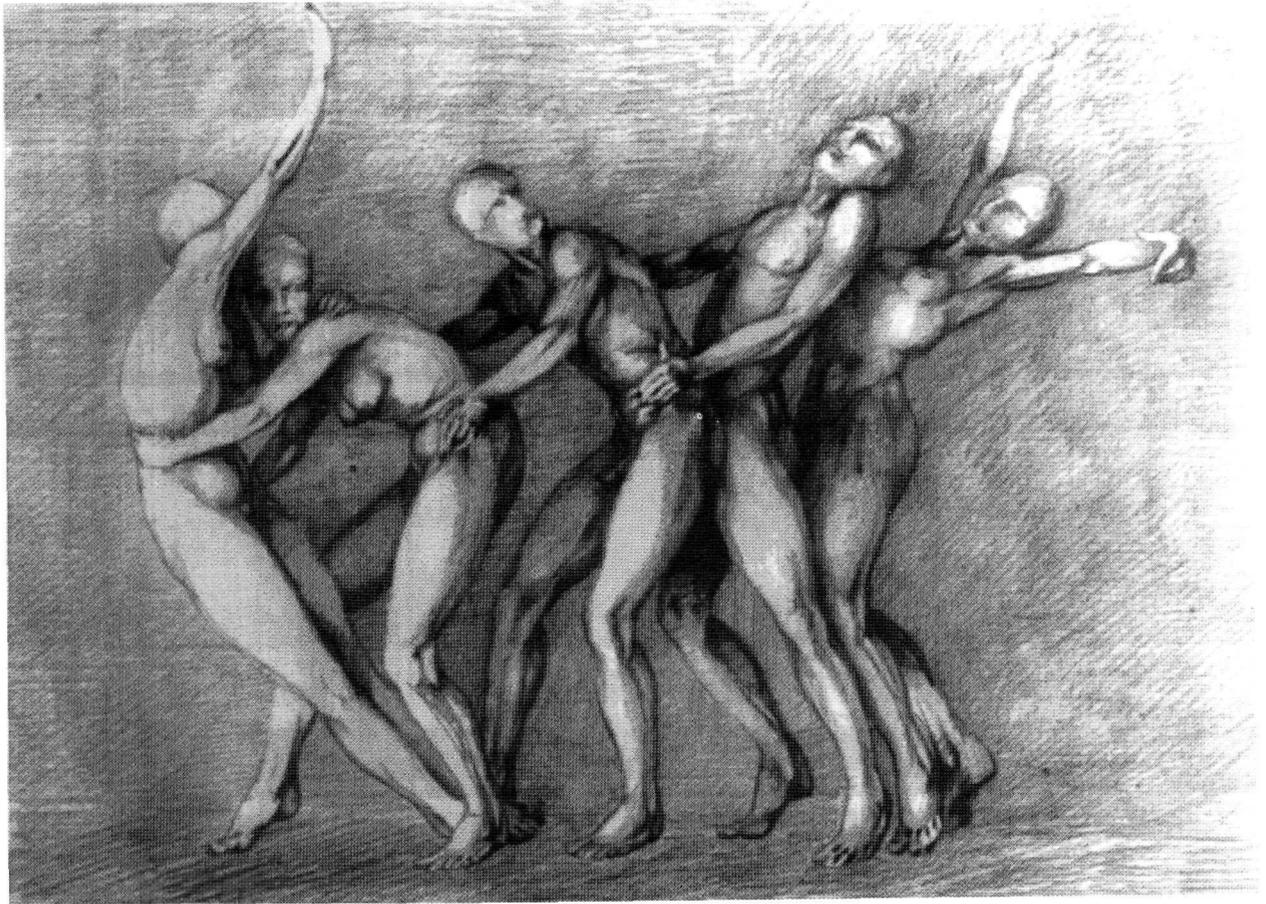
Bajó las pestañas y puso rosas las mejillas. - El ejército lo movilizó, ahora no sé en qué lugar está.

Alicaído salió al exterior, las nubes grises apocaban

la luz. Sintió la puerta cerrarse a su espalda y lento regresó a la unidad militar.

Frente al retrato de su esposo en la sala, desganada

suspiró. Se fue al espejo y con movimientos lentos comenzó a peinarse. El avión de nuevo rompió la barrera del sonido. ■



MANOLO GONZALEZ «Hedoné». Lápiz sobre papel. 50x70 cm. (1995).